

## Reseñas bibliográficas

---

**Eduardo Carrero, *La catedral habitada. Historia viva de un espacio arquitectónico*, Bellaterra (Barcelona), Universitat Autònoma de Barcelona, 2019, 440 pp.**

Esta reseña está sujeta a una [licencia “Creative Commons Reconocimiento-No Comercial” \(CC-BY-NC\)](https://creativecommons.org/licenses/by-nc/4.0/).

DOI: <https://doi.org/10.24197/bsaa.85.2019.363-365>

“Cada catedral es única en sí misma” (p. 30). Esta frase, que sale al encuentro del lector cuando apenas ha avanzado por las páginas del libro de Eduardo Carrero, resume muy bien cuál es su objetivo: hacernos comprender que las catedrales medievales no respondieron a arquetipos codificados de validez universal, como los que en ese mismo periodo existieron, ciertamente, para otro tipo de edificios (especialmente para los monasterios, con los monasterios cistercienses como máximo exponente), sino a sus propias circunstancias históricas, institucionales y de uso, lo que hace de cada una de ellas un edificio único. Por este motivo, el autor evita de manera militante elaborar una teoría general de la catedral, proporcionando, a cambio, para cada uno de los aspectos que aborda, una acumulación de ejemplos (que, puesto que estamos ante una obra de síntesis, ni pretende ser exhaustiva ni pretende agotar todas las posibilidades de análisis de cada uno de ellos) que ilustren sobre las distintas maneras de hacer frente a una misma necesidad. Estos ejemplos están tomados no solo de catedrales españolas, sino también de catedrales de otras partes de Europa, pues el libro huye de la tentación del particularismo hispano. Esta acumulación de ejemplos se convierte para el lector en un auténtico *brainstorming*, en un conglomerado de estímulos que pretende –y logra– que nos desprendamos de todo apriorismo y que nos abramos a entender la complejidad y la polifuncionalidad de la catedral medieval.

En este discurso sobre la catedral medieval no tienen cabida ni el análisis técnico ni el análisis estilístico de la arquitectura, no tanto porque no sean formas válidas de aproximación a estas estructuras como porque el foco se pone sobre el uso del edificio y de sus distintos espacios, sin tener en cuenta el cual, ciertamente, cualquier acercamiento a una arquitectura histórica resulta incompleto, pues se reduce al análisis de un huerco juego de volúmenes abstractos. Yendo aún más allá, el autor nos recuerda una y otra vez que una catedral no es solo un objeto plástico que se ve y que se toca, sino un escenario que se experimenta de manera dinámica y multisensorial, donde también tienen importancia el oído (de lecturas, de cantos, de campanas, de funciones litúrgicas y paralitúrgicas...) e, incluso, el olfato (del incienso, de los cirios... y, por qué no, de los clérigos y fieles que en ocasiones se agolpan en ella).

¿Por qué es necesario recordar y reivindicar la singularidad, la polifuncionalidad y la multisensorialidad de la catedral medieval? Eduardo Carrero insiste a lo largo de las páginas de su libro en que dos sucesos han arramplado con la especificidad de la catedral medieval. El primero, lo que el autor enuncia en varias ocasiones como la

globalización litúrgica promovida por el Concilio de Trento, que acabó con las particularidades litúrgicas de las distintas catedrales, que eran las que justificaban muchos de sus rasgos distintivos. El segundo, las restauraciones contemporáneas, que han primado la valoración de la catedral como un ente puramente arquitectónico y abstracto. Por eso se justifica un libro como el presente, en el que su autor, cuya trayectoria dedicada al estudio de la arquitectura medieval desde una perspectiva funcional es bien conocida, hace ahora un esfuerzo de síntesis para recordarnos qué era una catedral medieval por encima de los casos particulares a los que ha dedicado tantos artículos, capítulos de libro y monografías.

Eduardo Carrero estructura su discurso sobre la catedral medieval en tres grandes apartados de desigual extensión, dedicados, respectivamente, a su dimensión litúrgica, a su dimensión regia y a su dimensión social. En realidad, todos ellos están íntimamente relacionados entre sí, pues las distintas dimensiones compartieron espacios e, incluso, idiosincrasia, por lo que no siempre es sencillo delimitar de manera estricta qué corresponde a cada una de ellas.

El apartado dedicado a la dimensión litúrgica (“La gestión del espacio litúrgico”, pp. 35-209) presta especial atención a los escenarios del culto, tanto comunitarios como particulares, tanto puramente eucarísticos como funerarios. En él tiene especial relevancia la discusión sobre el coro (pp. 69-103), en la que, incidiendo en un debate querido por la historiografía, el autor hace hincapié en que no se puede hablar de un modelo genuinamente español de coro, pues su ubicación, diversa y mudable, respondió a circunstancias particulares, pudiéndose encontrar ejemplos comparables, que responden, igualmente, a circunstancias particulares, en otras latitudes de Europa. El apartado dedicado a la dimensión regia (“La catedral y el rey”, pp. 211-249) se interesa especialmente por las ceremonias de coronación (pp. 214-242), adentrándose en el debate de si estas ceremonias dieron pie a un tipo arquitectónico específico cuyos máximos exponentes serían la catedral de Reims y la abadía de Westminster. El autor es tajante: “no se construye un edificio para coronar a un rey, un hecho circunstancial, posible, probable, condicionado por el tiempo, la época, el capricho personal. Para coronar a un rey, una iglesia se viste, se amuebla, amortiza sus recursos espaciales, abre los accesos a sus pisos altos y permite la entrada masiva de los espectadores” (pp. 236-237). Finalmente, el apartado dedicado a la dimensión social de la catedral (“La arquitectura de la vida cotidiana”, pp. 251-389) aborda cuestiones como los espacios dedicados al saber (librerías, escuelas...), a la *cura animarum* de los fieles (funciones parroquiales), a la atención a los necesitados (hospitales, limosnas...) e, incluso, a algunas funciones cívicas, institucionales y jurisdiccionales, como la medida del tiempo o la impartición de justicia, sin olvidar las cuestiones referentes a los lugares de habitación del clero capitular y al impacto que tanto en la catedral como en la ciudad tuvo la progresiva secularización de los cabildos catedralicios a partir del siglo XII.

El libro concluye con un epílogo en el que el autor recapitula las ideas-fuerza de su obra, el cual da paso a un breve y útil glosario al que siguen unos generosos bibliografía e índice geográfico que permite acceder fácilmente a los comentarios sobre edificios particulares, que, por la propia naturaleza de la obra, se encuentran dispersos por todo el libro.

Cierro esta reseña con unas palabras del propio autor en el epílogo que son toda una declaración de principios: “Apostemos, por tanto, por una percepción transversal de la historia del espacio arquitectónico desde su uso y sus transformaciones, a través de las constantes que realmente pudieron convenir y supeditar la construcción de un edificio: la liturgia, la historia institucional, la ceremonial, las fiestas locales o la vida cotidiana” (p. 407).

FERNANDO GUTIÉRREZ BAÑOS  
Universidad de Valladolid  
[fbanos@fyl.uva.es](mailto:fbanos@fyl.uva.es)

**José Ignacio Hernández Redondo: *El Colegio de San Gregorio. Fábrica insigne al servicio del saber*, Valladolid, Asociación de Amigos del Museo Nacional de Escultura, 2019, 172 pp.**

Esta reseña está sujeta a una [licencia “Creative Commons Reconocimiento-No Comercial” \(CC-BY-NC\)](#).

DOI: <https://doi.org/10.24197/bsaaa.85.2019.365-368>

Desde que en la primera mitad del siglo XVII el dominico fray Gonzalo de Arriaga escribiese la *Historia del Colegio de San Gregorio* utilizando para ello diversas fuentes documentales, han sido muy numerosos los textos que se refieren a este colegio desde diferentes puntos de vista, especialmente a partir del momento en que los eruditos e historiadores de finales del siglo XIX y principios del XX –en particular el padre Manuel de Hoyos–, dieran difusión a través de la imprenta a los trabajos manuscritos anteriores. El vallisoletano Colegio de San Gregorio ofrece un conjunto de aspectos institucionales y artísticos que interesan en sí mismos, pero también a la historia de la orden de los dominicos, a la historia local y, a partir de la singularidad de su arquitectura, a la Historia del Arte en general. A ello se une la circunstancia de que, a partir de 1933, se estableciese en él la sede del Museo Nacional de Escultura. Estas variadas perspectivas han dado lugar a un sinnúmero de publicaciones con objetivos propios y diversificados que aportan información cada vez más precisa sobre las numerosas facetas particulares que ofrece un edificio tan rico en propuestas. Y aunque recientemente Diana Olivares Martínez haya retomado el tema del colegio y su promotor, a los que ha dedicado también su Tesis Doctoral, titulada *Alonso de Burgos y el Colegio de San Gregorio de Valladolid, saber y magnificencia en el tardogótico castellano*, la dificultad de acceso y la dispersión de los estudios tienen como contrapartida que solo los especialistas sobre el tema puedan alcanzar una visión de conjunto. Pero esta no es una opción para el gran público. De ahí la oportunidad del trabajo realizado por José Ignacio Hernández Redondo, desde su experiencia como conservador del Museo Nacional de Escultura y de su conocimiento del edificio, acreditado por publicaciones anteriores. En su libro *El Colegio de San Gregorio. Fábrica insigne al servicio del saber*, a la vez que sintetiza los conocimientos existentes